P A L A E O H I S P A N I C A
revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua
2021 | I.S.S.N. 1578-5386
DOI: 10.36707/palaeohispanica.v21i0.440

Javier de Hoz, maestro, colega, amigo

Javier de Hoz, magister, colleague, friend

Joaquín Gorrochategui
Instituto de Ciencias de la Antigüedad, UPV/EHU
joaquin.gorrochategui@ehu.es

Mi primer recuerdo de Javier remonta al año 1970, cuando asistí "clandestinamente" a algunas de sus clases de la asignatura de griego del 1.er año de comunes en Salamanca. Desde un par de cursos antes, debido al aumento masivo en la matriculación, se había pasado de un único grupo a seis grupos en el 1er curso, con la consiguiente contratación de profesores no numerarios. A mí me había tocado oficialmente uno de ellos, pero mi curiosidad me llevó a asistir al grupo de Javier quedando inmediatamente fascinado por el extraordinario conocimiento de datos filológicos y arqueológicos sobre la cuestión homérica que acumulaba aquel joven catedrático.

Lo volví a tener de nuevo como profesor de Literatura griega en 3er curso. Entonces pude comprobar que Javier además de un magnífico docente era un profesor "moderno", de esos que, tal como se estilaba en las universidades más avanzadas del mundo, trataba en sus clases un tema monográfico— directamente relacionado con la investigación en curso, claro está—, dejando al propio estudiante la responsabilidad de adquirir mediante manuales los contenidos del programa oficial. Aquel año versó sobre la tragedia griega y especialmente Esquilo. En ninguna otra asignatura tuve que leer tal cantidad de bibliografía especializada, desde la *Paideia* de Jaeger hasta la composición literaria arcaica de van Groningen, pasando por el excelente estudio de Bruno Snell sobre los orígenes griegos del pensamiento europeo, de todos los cuales recuerdo aún sus líneas generales.

Todo lo que aprendí de él sobre el mundo arcaico griego, aunque luego no tuviera continuación en nuestra posterior relación académica e investigadora, me ha proporcionado una gran satisfacción intelectual y hasta algún que otro provecho práctico, como cuando al curso siguiente pude desplegar mi erudición en un viaje a Delfos y otros lugares de Grecia.

Como profesor tenía un trato respetuoso y distante, a lo que ayudaba su indumentaria de aire británico, americana y corbata en tonos verdosos, que vestía con un porte elegante y un tanto distraído, como alejado de los afanes mundanos. Los estudiantes lo llamábamos el olímpico, y aunque nunca se aclaró a cuál de los dioses olímpicos podría asemejarse, su vigoroso cuerpo, su hermosa cabeza coronada por un rebelde penacho de pelo a lo pájaro carpintero y su aguda mirada incisiva no dejaban muchas opciones para la identificación.

El 4º año no tuvimos a Javier de profesor en ninguna asignatura troncal, pero hete aquí que aquel año de 1974 ofrece por primera vez en Salamanca (y me imagino que en toda la historia de la universidad española) un curso optativo sobre celtibérico. La razón de aquella inusual oferta se desveló al final del curso, cuando se celebró en Salamanca, organizado por Javier en compañía de Jordá y Michelena, el *I Coloquio sobre Lenguas y Culturas paleohispánicas*, que reunió a figuras señeras y legendarias de los estudios célticos y cuya finalidad más o menos explícita era debatir sobre el recién descubierto, y un tanto semiclandestino, bronce de Botorrita. Con ocasión del Coloquio, en colaboración con Michelena, Javier publicó uno de los primeros estudios monográficos sobre el Bronce, donde se aprecian ya claramente las líneas y modo de investigación que serán sus señas de identidad. De aquel primer análisis quedan todavía vigentes observaciones perspicaces, tanto en lo que respecta a la segmentación e identificación de elementos lingüísticos, como al empleo del bronce como material escrituario propio del mundo celtibérico en oposición al ibérico, que usaba del plomo. Con este trabajo inició decididamente una trayectoria que lo llevaría en pocos años a convertirse en una referencia inexcusable en nuestros estudios.

Como filólogo griego se había dedicado especialmente a la literatura arcaica y al teatro griego, en cuyo análisis aplicó de forma novedosa los principios del estructuralismo. Pero sus ámbitos de interés alcanzaban campos muy extensos, como la epigrafía de muchas lenguas antiguas (ya que para él la epigrafía no quedaba reducida, como para muchos profesores titulados de esta materia, a "epigrafía latina"), la numismática, la edición filológica de

textos, la lingüística histórica, la arqueología y demás ciencias auxiliares de la historia o la filología. Todas estas disciplinas, abordadas con un espíritu integrador heredero de la noción wilamovitzana de *Altertumswissenschaft*, las utilizó con un arte y maestría incomparables en el estudio de las antigüedades hispanas, es decir, en el campo de la paleohispanística.

Su interés por las lenguas, la epigrafía y la cultura de las lenguas prerromanas de Hispania venía de atrás. Ahí están sus primeros trabajos sobre hidronimia antigua europea, en la estela de Hans Krahe, o sobre ciertos grafitos de Huelva, que le llevaron a entablar muy pronto una relación con J. Untermann y a investigar sobre los difíciles textos meridionales. Creo, sin embargo, que su paso por Salamanca fue crucial para impulsar este ámbito de su actividad investigadora, ya que allí coincidió con Luis Michelena, un hombre de una enorme solidez científica como lingüista histórico y como especialista en lenguas prerromanas, tanto indoeuropeas como no indoeuropeas. Y en esa compañía sobrevino el hallazgo del gran Bronce de Botorrita, que revolucionó el panorama de los estudios paleohispánicos y de los célticos en particular, un tanto estancado desde la síntesis de Tovar de los inicios de los 60.

Javier de Hoz tenía una concepción unitaria de la disciplina, cuya razón de ser estriba, por un lado, en que toda la epigrafía prerromana peninsular está redactada en una escritura (o en una familia muy estrecha de escrituras) que fue utilizada por lenguas de origen y filiación diferentes, y por otro, en que la mayoría de los textos indígenas, ya sean ibéricos o celtibéricos, son el resultado de la aculturación ejercida por las culturas y epigrafías clásicas griega o latina. Dedicó múltiples trabajos a cuestiones de escritura, especialmente a las fases más antiguas de la adopción en el horizonte tartesio y su evolución interna posterior, a las relaciones entre los diferentes sistemas, a la expansión de la escritura y presumiblemente de la propia lengua ibérica, que ideó como una expansión vehicular muy relacionada con su uso como lengua de comercio, combinando con maestría y elegancia análisis formales y nociones sociolingüísticas para ofrecer un sugerente panorama de la variedad y la unidad epigráfica y lingüística.

Se preocupó por cuestiones de lingüística (más de corte tipológico y formal en el caso ibérico, como es normal, y más de detalle en cuestiones de fonología o de morfología celtibérica,) sin perder nunca de vista las coordenadas arqueológicas y el contexto cultural al que pertenecía cada uno de los textos que analizaba. En este sentido, me resultan modélicos sendos trabajos que dedicó al empleo de la escritura en las sociedades celtibérica y lusitana

por un lado y en la sociedad ibérica, por otro, publicados en *AEA* en 1995 y 1993 respectivamente, en los que aplicó a nuestros materiales estudios de *literacy* que se venían desarrollando en los ámbitos epigráficos griego y latino.

Era consciente de que las lenguas pueden ser concebidas como sistemas autónomos para su descripción científica, pero que son al mismo tiempo productos históricos con unas coordenadas espacio-temporales precisas, habladas por sociedades con un determinado tipo de organización y desarrollo, en contacto con otras lenguas, circunstancias todas ellas que deben ser tenidas en cuenta a la hora de la explicación de los textos, poniendo freno así a extravagantes explicaciones sean estas históricas o etimológicas.

Era hombre de amplias lecturas, aunque nunca el lector tendrá la sensación de que Javier de Hoz está hablando de oídas o utilizando información de segunda mano, dado su amplísimo dominio filológico de la documentación. Y teniendo como puntos de anclaje su formación griega y su investigación paleohispánica hizo aportaciones notables también en campos relacionados con las lenguas del Mediterráneo, como el fenicio, especialmente el fenicio peninsular, el galo y algunas lenguas de Italia. Todo ello le granjeó el respeto y consideración de sus colegas paleohispanistas, que lo eligieron por méritos propios, Presidente del Comité internacional de los Coloquios tras A. Tovar y J. Untermann.

Siempre estuvo al tanto de los avances y las novedades científicas que se producían en la disciplina. En Salamanca era, sin duda, uno de los profesores más implicados en la compra de bibliografía internacional y en la renovación de los fondos bibliográficos del, por otro lado, excelentemente dotado Seminario de Clásicas. Cuando iniciamos nuestra colaboración en el proyecto del Banco de Datos Hesperia y una de nuestras tareas era la ordenación de la bibliografía, me asombraba continuamente ver en sus listas multitud de obras que no se referían directamente a la península ibérica sino que abarcaban todas las zonas mediterráneas, con sus respectivas lenguas y epigrafías, junto a otras sobre arqueología o lingüística histórica e indoeuropea.

Su perspicacia y voluntad por situarse a la vanguardia de la innovación le llevaron a la convicción de que una edición actualizada y renovada de las inscripciones paleohispánicas no era posible en los momentos actuales sin recurrir decididamente a los medios digitales de recopilación, análisis y difusión de la información. Así ideó la creación del Banco de Datos Hesperia sobre Lenguas y Epigrafías Paleohispánicas ya en los años 90, que se ha convertido desde su apertura al público en 2014 en un instrumento pionero para

el estudio de dichas inscripciones y en modelo para otros proyectos similares sobre epigrafías y lenguas antiguas.

En los últimos años fue también asiduo usuario de la conocida red social Academia.edu, donde difundía puntualmente no solo sus trabajos sino sus recomendaciones y opiniones sobre trabajos de interés de otros investigadores.

Al final de su carrera académica nos regaló a todos con una obra que solamente él podía realizar: una recopilación sistemática y ordenada de toda la documentación histórica, epigráfica y lingüística referente a las lenguas paleohispánicas, comentada y analizada desde las investigaciones más avanzadas y actualizadas. Me refiero a la *Historia Lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad*, cuyos dos primeros tomos salieron en 2010 y 2011 respectivamente, editados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid), y cuyo tercer volumen, dedicado al mundo indoeuropeo peninsular, tenía prácticamente terminado.

Es difícil saber cuándo nuestra relación pasó de ser una relación de profesor a alumno, en la que el trato siempre amable era vehiculado mediante un tratamiento de Usted, a una relación de colegas regida por el respeto y la consideración mutuas, para terminar con los años en una franca amistad. Simplemente ocurrió que, sin declaraciones explícitas ni formales, cada uno de nosotros llegó a la conclusión de que éramos amigos, de que cada vez que nos veíamos en Madrid o en Vitoria por motivo del proyecto, por alguna conferencia y en los últimos años por las labores conjuntas en la edición del *Namenbuch* de Untermann, disfrutábamos de la mutua compañía alrededor de una mesa —Javier, hay que decirlo, era muy buen comensal— hablando de libros, de política o de nuestras cosas.

Me imagino que ayudó a ello, en los inicios al menos, la común relación que ambos teníamos con Koldo Michelena y la inclinación sociolingüística que los vascos profesamos al tuteo cuando hablamos en castellano, al hacer una transferencia cuasi-automática entre nuestro voseo no marcado y el tuteo castellano. Recuerdo que todas las pequeñas incomodidades de la fluctuación en el tratamiento quedaron superadas en aquella deliciosa cena al final del Coloquio de Vitoria, cuando el matrimonio Michelena reunió en torno a una mesa al matrimonio De Hoz – García Bellido, a Tovar, a Villar, a Patxi Oroz y algún otro que no recuerdo. No hubo más remedio que uniformizar el caótico tratamiento cruzado entre los comensales y el tuteo se impuso ya para siempre entre nosotros.

Estaré siempre agradecido a Javier por el hecho de que tras la muerte de Michelena en 1987 y durante los terribles años 90 en el País Vasco, cuando las amenazas del mundo filoetarra estrechaban angustiosamente nuestro entorno vital y académico, me permitiera participar en los proyectos de investigación que dirigía en la Complutense. Aquello no solo era una oportunidad para colaborar con quien consideraba un modelo de investigador, sino casi la única escapatoria sólida a las obsesiones que como decano soportaba yo diariamente. Cuando en Madrid, incluso en círculos cercanos, éramos poco menos que cuestionados por nuestra condición de vascos, era muy reconfortante encontrar en Javier una comprensión inteligente de la política vasca y un interés sincero y afectuoso por nuestra situación personal.

Aquellos vínculos que unieron nuestros destinos en la Salamanca de los postreros años 70 no se rompieron con mi marcha a la Universidad del País Vasco, sino que centrados nuestros intereses de ambos en el estudio de las lenguas prerromanas del occidente europeo continuaron afianzándose durante los años siguientes, una vez que él se hubo trasladado a Madrid.

Hacia 1997 empezamos a trabajar en el proyecto del Banco de Datos Hesperia y en mis visitas a su pequeño despacho de la segunda planta del edificio de Letras de la complutense, bajo un retrato ajado de Wilamowitz, solíamos repasar nuestros trabajos, intercambiábamos ficheros que él buscaba, sin gafas, entre las innumerables carpetas de su viejo ordenador Apple.

Era un trabajador incansable capaz de aguantar, incluso aquejado de la enfermad en los últimos años de su vida, horas seguidas de trabajo pesado de edición y corrección de pruebas.

En Madrid a lo largo de estos 20 años Javier consiguió crear y cohesionar un grupo de trabajo extraordinario, no solo por su competencia, sino también por su vitalidad, camaradería, espíritu de trabajo y colaboración: personas de distintas universidades, áreas diferentes y edades diversas. Nada de ello habría sido posible sin su sabiduría ni su ejemplo. Todos nos sentíamos seguros bajo su guía y dirección, pues sabíamos de sus dotes innatas para hacer frente a cualquier situación imprevista con naturalidad y elegancia. Será muy difícil emularlo en los discursos protocolarios de los eventos académicos, donde con sencillez y corrección comunicativa expresaba claramente el sentir o la opinión mayoritaria. Recuerdo una ocasión comprometida, con motivo de la celebración de un congreso en Cerdeña sobre los orígenes lingüísticos de la isla, a la que habíamos sido invitados por todo lo alto por el catedrático de románicas de Cagliari, Eduardo Blasco Ferrer. Reputado especialista en

lingüística sarda, en los últimos años defendió la idea de la existencia de un paleosardo relacionado genéticamente con el vasco, y nos había invitado al congreso para discutir la viabilidad de su idea. En una sesión abierta del congreso, ante un auditorio numeroso de oyentes locales dispuestos a aceptar de antemano las ideas de Blasco, cuando fuimos preguntados por nuestra opinión, Javier de Hoz tuvo la habilidad de desinflar aquellas expectativas de un modo tan contundente como elegante, sin herir el sentimiento de los presentes ni del ausente Blasco Ferrer.

Así era Javier: no solo un profesor empeñado en la dignidad de la docencia y un investigador de amplios horizontes, extremadamente bien informado y dotado de un saludable sentido común, sino también un hombre de una elegancia moral innata, de un trato exquisitamente respetuoso con sus colegas —sobre los cuales jamás salió de su boca ningún comentario despreciativo— , en definitiva, un aristócrata de espíritu, que concibió la vida como un ejercicio para la mejora personal a través del cultivo de las humanidades y de las personas que mejor las encarnaban.

Su muerte nos ha dejado huérfanos y desconsolados a los miembros de la familia paleohispánica. Que su espíritu resida en el Olimpo de los héroes para siempre, al igual que su recuerdo permanecerá en nuestros corazones, él que nos dejó un ἄφθιτον μνημεῖον ἀρητῆς, un imperecedero ejemplo de virtud.